

Sufre también la poesía de Heredia de los defectos de la suma facilidad con que producía, don que poseyó desde el principio, y se recuerda y celebra su extraordinaria precocidad por cuantos lo conocieron en la niñez. Consérvanse y se han publicado versos suyos compuestos á los diez años, que ciertamente no parecen fruto de tan temprana edad.

Lo repito una última vez: su cualidad esencial es, siempre y en todas ocasiones, la sinceridad, la emoción real y profunda. A Heredia puede muy bien aplicársele lo que de Alfredo de Musset dijo Taine: *Celui-là au moins n'a jamais menti*. Con más verdad acaso, porque habiendo vivido él también bajo la influencia y en constante admiración de la poesía de Byron, no cayó en la afectación de dandismo y de cinismo tan visible en lo mejor del poeta de *Rolla* y de *Namouna*, sino que conservó hasta el fin la perfecta y natural pureza de su inspiración.

ENRIQUE PIÑEYRO

HASTA EL CIELO

EN LA MUERTE DE MI ESPOSO NUMA P. LLONA

¿Será tu inconsolable compañera

La última en cantarte,

Ella, que para amarte,

Fue siempre, vida mía, la primera?

¡Ay! La lira está muda y enlutada!

¡Sí! ¡Enlutada por siempre!... mas no muda:

Yo haré que vibren de dolor sus cuerdas;

Y ayes, deprecaciones y gemidos,

En rimas traducidos,

Darán alivio al corazón tremente.

E irán, de gente en gente,

Por la honda pena mía,

Despertando un clamor de simpatía.

Convíertanse ya en ritmos los sollozos,

Que en la gloriosa tumba del vidente
Rey de la americana poesía,
Ofrendar no se puede vulgar llanto:
Cada queja se cambia en elegía,
Cada suspiro, en un funéreo canto,
Y de este mundo de Colón los senos
Repitan por doquiera tristemente,
De un valle al otro, y de una en otra cumbre,
El eco solemnísimo y doliente
De congojosos inspirados trenos,
Con que le dan la eterna despedida
Los vates de su amado Continente,
Al eximio poeta de LA VIDA.

Mas no lloréis, oh bardos, en la fosa
Del cantor eminente
Que ya en el seno de su Dios reposa,
Y en dulce sueño olvida
Las fatigosas luchas de la vida!
Dejó la tierra; pero aquí quedaron,
Y vibran por doquiera en el ambiente,
Sus cantos inmortales;
Y en las estivas horas siderales,
Cuando aparece Sirio en el oriente,
Si de eólicas arpas el murmullo
Os parece escuchar, será su lira,
Que, con cadencias rítmicas y extrañas,
Así, cual vago lastimero arrullo,
Más que cantar, suspira
Su NOCHE DE DOLOR EN LAS MONTAÑAS!

Nó, no lloréis vosotros al poeta
Que ha tocado por fin su ansiada meta;
Y que al morir, os deja por herencia
Cual un legado regio,
La semilla fructífera y bendita,
Germinada al calor de su existencia!

Nó: no lloréis vosotros al egregio
 Orfebre de los versos, á mí sola
 Dejadme el dulce y triste privilegio
 De bañar con mis lágrimas su tumba,
 Hasta que del acerbo llanto la ola
 Suba y me ahogue, hásta que el sér exhausto
 Al peso del dolor al fin sucumba,
 Rindiéndole la vida en holocausto!

Yo he sido su discípula y su esposa,
 Y, al contemplar la estela luminosa
 Que deja en pos de sí, dulce consuelo
 Hallará la primera
 Aunque á escuchar no vuelva de sus labios
 La alentadora frase lisonjera
 Ni los consejos sábios;
 Pero jamás, jamás su angustia fiera,
 Podrá calmar la amante compañera
 En tanto que la Muerte,
 Del Cielo mensajera,
 Si unas veces cruel, otras piadosa,
 A esa cara mitad no restituya
 La mitad que aquí gime, y que fue suya!

¡Cinco lustros haber estado unida
 A su vida mi vida,
 Y mirar tal unión de pronto rota,
 Y para siempre, por el Hado impío!....
 ¡Ah! Córre, llanto mío;
 Córre sin tregua, que del alma brota
 Tu inextinguible río;
 Córre, hasta que en lágrimas deshecho,
 Se funda el corazón dentro del pecho.

¡Quedó por siempre mi existencia trunca!
 ¡Ya todo se acabó! Ya nunca, nunca,
 Volverán á expresarme tus miradas

Ese amor infinito
 Por el cual yo reiné en tu sér entero;
 Sentimiento divino é inefable,
 Fresco é inagotable,
 Manantial de purísimas venturas
 Que embelleció nuestras terrestres horas;
 Que enigma inexplicable
 Es para las vulgares criaturas,
 Y es ilusión suprema,—y esperanza
 Que no siempre se alcanza—
 De las jóvenes almas soñadoras!

Nunca ya, con orgullo y ufanía,
 En íntimas ó públicas veladas,
 Escucharé tu acento,
 Apóstol de la excelsa Poesía!
 Ese acento vibrante y poderoso
 Que al más indiferente conmovía,
 Y aparecer te hacía,
 —¡Oh magia de la voz y del talento!—
 En pedestal augusto y majestuoso,
 Como el potente dios de la Armonía!

¡Peregrino inmortal de otras esferas!
 ¡Sublime visionario!
 Ibas, meditabundo y solitario,
 Por los diversos ámbitos del mundo,
 Llevando de tu sér en lo profundo
 Excelsos ideales!....
 Sin que el vulgo entendiera tu lenguaje,
 Ni el lenguaje del vulgo tú entendieras,
 Marchabas, cual sonámbulo divino,
 Como abstraído en celestial miraje,
 Y sin sentir las guijas del camino:
 En la Tierra los pies; mas la mirada
 Puesta Arriba, en la espléndida miriada del

De astros, que te enseñaban el sagrado
Nombre de nuestro Dios, Único y Trino,
En su radiante idioma constelado!....

¡Al fin rendiste la ímproba jornada!
Y al sentir de la vida ya el hastío,
Hacia tu hermoso río
Dirigiste los pasos lentamente,
Y ante el altar, postrado y reverente,
De la Patria, por ti nunca olvidada,
Le ofrendaste tu gloria refulgente!
Del tierno infante oyó el sereno Guayas
El inicial vagido
Y del anciano al canto dolorido
Entremezclaron luégo su armonía
Las sonoras aguas de la ría ;
¡Vino á exhalar en sus nativas playas
Su postrera canción, el cisne herido !....

¡Ay! Yo escuché el latido postrimero
De ese gran corazón, que todo entero
Fue mío ; yo en su frente,
Urna de los grandiosos pensamientos,
El sudor enjugué de la agonía ;
Queriendo en vano con mi beso ardiente
Darle el calor de la existencia mía!
Y yo cerré sus ojos, esos ojos
Que antes pasión inmensa reflejaron
Siempre que me miraron,
Y en tan solemne y misterioso instante
Ya de lo eterno la visión tenían!
Trémula y anhelante,
Con el cuerpo y el alma, yo de hinojos,
Le besé sus cabellos
Que en derredor de la cabeza augusta,
Esparcían reflejos argentados,
Como de una auréola los destellos,

Y sus cruzadas manos,
Que el santo crucifijo sostenían,
Y sus pies que sangraron los abrojos
De los senderos ásperos mundanos !....

Qué solas y qué largas
Serán las horas de la vida mía
En el tiempo futuro!
¡Qué solas y qué amargas!
En vano de mis hijos adorados
El entrañable y puro
Amor, y de mis dulces nietezuelos
El gracioso conjuro,
Tratarán de aliviar mis hondos duelos,
Porque de mi alma la sangrienta herida
No ha de curarse mientras tenga vida....
¡Ni quiero que se cure! ¿Quién no sabe
Que son al corazón ciertos dolores
Fuentes de acerbo gozo.... pero gozo?
¿Y que el que sabe amar no trocaría
Por la mayor ventura y alegría?

Mi pena es mi tesoro,
Y tal como el avaro su arca de oro
Lleva siempre consigo,
Y sus monedas acaricia y cuenta
Sin cansarse jamás, así al abrigo
Del pecho, irán conmigo
Estas memorias de venturas muertas,
Ya transformadas en desdichas ciertas!
Llamaste AMOR SUPREMO tú, al cariño
Apasionado, incontrastable y fuerte,
Casto y puro á la vez, como el de un niño,
Que por mí concebiste en un instante,
Y de que el noble corazón amante
Supo guardar el culto hasta la muerte :
Siempre veraz tu labio, así quería

Llevar la convicción al alma mía
 Que en la tuya, de lo Alto por decreto,
 Reservado existía,
 Para mi solo amor, que era tu gloria,
 Recóndito secreto,
 Preferente lugar, no profanado
 De otros afectos por la impura historia.
 Correspondido con usura fuiste
 Por mi alma, hoy *hasta la muerte triste* ;
 Y quédame el consuelo,
 En medio de tantísima amargura,
 De que fue la ventura
 Mayor de que gozaste aquí en el suelo,
 De nuestro amor la celestial dulzura....

¡Ay! ¡Vén! ¿Por qué no vienes, alma mía?
 ¡Escúcha mis plegarias!
 En mis insomnes horas solitarias,
 —Felices horas, *cuando Dios quería*,
 Te llamo y no respondes : ¿no retumba,
 Al eco de mis gritos de agonía,
 Esa pesada y fría
 Losa que cierra tu sagrada tumba?
 ¡Vén tan sólo un instante!
 Cual la bíblica esposa,
 Despierta y vigilante,
 Te aguardo con la lámpara encendida,
 E impaciente, las horas largas cuento!....
 ¡Vén, vida de mi vida,
 Antes que al peso del dolor rendida,
 Vaya á buscarte yo á la oscura fosa!
 ¡Un momento no más, sólo un momento!
 ¡De nuevo contemplar de tu semblante
 La expresión amorosa ;
 Regalar mis oídos con tu acento,
 Darte otra vez mi eterna despedida!
 ¡No pido más! ¿Le está, gran Dios, vedada,
 Tal dicha á esta mujer desventurada ?

¡Qué no daría yo porque la muerte
 De mi adorado dueño,
 Fuera tan sólo un angustioso sueño,
 Y que de la tremenda pesadilla
 Al despertar, con gozo inenarrable
 Me encontrara otra vez entre sus brazos!
 ¡Señor! Tú que volvistes á la vida
 Al hermano de Marta y Magdalena ;
 Y que al alma de Jairo, desolada,
 Devolviste la hija idolatrada,
 Tén piedad de mi pena!
 Vuélve, de esa región desconocida
 Al alma, que con mi alma *siempre* unida
 Juró estar : pero—¡ay, Dios!—que es un segundo
 No más, lo eterno en el finito mundo!....
 ¡Pobre hijo de la Tierra, condenado
 A pasar, como el polvo que levanta
 El símoun del Desierto!
 Tú solo, el Increado,
 Eres el inmutable, el inmanente,
 En Pasado, en Futuro y en Presente!....

Mas siquiera partir para ese viaje,
 —El único infalible, el solo cierto,—
 Juntos, como vivimos,
 Fue de nuestros amantes corazones
 Perenne y santo anhelo ;
 ¿Por qué no quiso el Cielo
 Oír esas fervientes oraciones?
 ¿Por qué nos ha negado tal consuelo?....
 ¡Ah! Perdóna, Señor, la queja impía
 Que lanza el alma mía!
 Si herirme plugo á tu justicia arcana,
 Aunque gima por siempre en hondo duelo,
 Tu voluntad acato, soberana,
 Y humilde te bendigo en mi agonía!

¡ Divina Religión que me sostienes ;
 Jesús clemente que á auxiliarme vienes
 En esta *Via-Crucis* imposible
 Para fuerzas humanas, sin tu amparo !
 ¡ Señor, á quien adoro y en quien creo,
 Con fe viva y amor inextinguible !
 ¡ Ay ! De mi Edén perdido sólo veo
 A mi alrededor escombros !....
 Pero hay otro celeste Paraíso
 Que en medio á mis angustias ya diviso :
 Tú pusiste la cruz sobre mis hombros ;
 Mas Tú mismo, piadoso Cirineo,
 Fortaleciéndome en mis ansias crudas,
 A llevarla me ayudas
 Por el Jerusalén de mi existencia
 Hacia el Calvario, donde hallar confío,
 Con la muerte que ansío,
 —Supremo dón de pródiga clemencia,—
 Mi propia redención, oh Jesús mío !

LASTENIA LARRIVA DE LLONA

Guayaquil, Abril 21 de 1907



BLANCO Y NEGRO

(*Conclusión*)

II

Fernando, después de recibirse abogado, entró como pasante al estudio del Dr. Crisanto Valenzuela. Dedicóse en cuerpo y alma á sus nuevas obligaciones, de tal modo que, aunque no se le ocultaba la fermentación de la capital, con motivo de las novedades de España, de la conducta del Virrey, de la altanería de los Oidores, sobre todo de Alba y de Frías, de la hostilidad creciente de los peninsu-